

devolutivo pasa la dominacion á la Mitra; de ningun modo lo hizo: lo que ejecutó fué conseguir se le aplicase una que él habia obtenido antes de ser Obispo. Siendo de dictámen, que procuró inviolablemente observar, que en la nominacion de Capellanes en capellanías de su obispado, ya que usaba del devolutivo, solo habia de practicarlo con los naturales de él. Quien en el ejercicio de una gracia no se dejó vencer de la recomendacion de la sangre, y sangre necesitada, y podia parecer inclinarse á la piedad; ¡cuán exacto seria en el manejo de la justicia, en la provision de los beneficios! Verdad tan manifiesta, que cuando el Conde de Galve, Virey entónces, recibia las nóminas que el Sr. Sariñana le remitia, para que como Vice-Patrono, hiciese eleccion de uno de los tres sujetos, que para cada beneficio le presentaba; siempre la hizo en el que iba en primer lugar, diciendo. *Oh ¡y con que justificacion vendrán regulados los méritos de los tres, que me presenta el Sr. Sariñana en esta nómina!*

Aconteciéndole tambien, que teniendo en su compañía á un hermano ya presbítero: este por ser hermano de un Obispo queria hallarse en una de las sillas del coro de alguna iglesia, como prebendado Instábale á su Ilmo. muchas veces,

para que escribiese al rey y al consejo de indias en España, con ocasion, de que Carlos II, ó bien su Real Consejo habia escrito á su Ilmo. pidiéndole informe y noticia de los suyos, para ser atendidos. Más siendo muy distintas las intenciones del Sr. Obispo, en nada ménos pensaba. En una ocasion, que su hermano, repetia sus instancias sobre esto, lo que hizo fué, ponerle un pliego de papel delante, para que él, ú otro que presente se hallaba, escribiese conforme su Ilmo. fuese dictando. Escriba vd. dijo. *D. N. de Sariñana sacerdote: añada vd. confesor y predicador;* que estos títulos puedo yo darle He (dijo despues) prosigan vdes. mientras vuelvo: y dejando solo al hermano con el otro, se retiró; se detuvo algun espacio de tiempo, que los dos emplearon en pensar que hacian y no acertaban á proseguir. Volviendo su Ilmo. [les dijo], *¿que es lo que vdes. han escrito?* viendo que nada, continuó con su santo disimulo, ponderándoles. *Ahora estamos en eso, cuando imaginaba yo hallar ese pliego ilde méritos que presentar á su Magestad. Desengañese vd.* [concluyó entónces con alguna mesuracion) *Que no puedo pedir á su Magestad por vd. nada sin más méritos, que ser mi hermano:* añadiendo á estas, otras razones con que los dejó desengañados de lo nada que atendia á su san-

gre, no queriendo dispensar, ni que por intervencion suya se dispensasen, los beneficios sino á los más dignos y beneméritos de ellos. Pudo haber conseguido á su hermano alguna de las Prebendas, cuya provision es graciosa: ni aun para esta gracia fué poderosa su sangre: discurrese cual seria su valimiento en materias de justicia.

Observábala en todo y queriendo fuese de todos observada, era grande el cuidado que tenia con todos los Tribunales dependientes de su mitra, para que en todos se conservase inviolable; y se diese pronto despacho á los negocios, evitando vejaciones á las partes. Por esto bajaba muchas veces á los juzgados, queriendo explorar, y hacer juicio de como y cuales providencias se daban: diligencia que avivaba en los jueces el cuidado de estar siempre apercebidos; y en los ministros inferiores, el de vivir continuamente cautelosos en sus operaciones, para que no pareciesen reprecensibles á los ojos de su pastor.

Queda insinuado cómo el Sr. Sariñana luego que tomó posesion de su obispado, casi comenzó y prosiguió la fundacion de los colegios; cómo socorria á los indios siempre que salia á visitarlos en sus pueblos, como tambien á los necesita-

dos y á los enfermos. Ademas añadiré brevemente que fué tan limosnoro que no llegó necesidad á sus oidos que no fuese socorrida. Estando como estaban patentes para todos las puertas de su palacio, casi ningun trabajo se padecia en que á sus oidos llegase, ni aun era esto necesario saliendo el santo Obispo á buscarlas para socorrerlas. En las tardes se iba frecuentemente al colegio de la Compañía de Jesus y acompañándose de alguno de aquellos religiosos se encaminaba por modo de paseo á los barrios de la ciudad, en donde comunmente es tanta la pobreza cuantos son sus habitantes, entre quienes distribuia porcion considerable de ropa que aquellos necesitaban. Ademas, á uno de los religiosos entregaba cierta cantidad de pesos para que hiciese lo mismo. Fuera de las doncellas que mantenía en su colegio, socorria á otras como pupilas cuyo número solia exceder, pero no bajar de siete, asistiéndolas con todo lo necesario miéntras vivian, ó se ponian en estado.

A lo que llegó la caridad y misericordia del Sr. Sariñana no es fácil decir, bastará indicar que distribuyó entre los pobres y obras de piedad, toda la dote de su iglesia, los demas bienes libres de que hizo inventario ántes de consagrarse, cuya suma llegaria á diez mil pesos, que lle-

vó de México en libros y otras alhajas. Cuando murió fué preciso que D. Agustin de la Palma y Meza, y su consorte D.<sup>a</sup> Maria de Sariñana, sobrina de su Ilma. remitiesen lo que pareció conducente al preciso adorno de la cama en que estuvo espuesto el cadáver los dias que se veneró insepulto, fuera de esto, no alcanzó el residuo que aun conservaba de sus bienes inventareados, á satisfacer sus deudas, siendo constante habérselas originado por la misericordia que ejercitó con los pobres.

Era consigo tan estremadamente medido, que comía y vestía como pudiera hacerlo cualquier otro pobre. No se le ministraba en su mesa sino un solo potaje y el puchero de la olla; vestía un jubon de gamusa; cuya materia por su duracion, le escusaba largo tiempo de vestir otro: los calzones de paño negro, los conservaba cuanto podian mantenerse reforzados con remiendos. En los ocho años que vivió en su compañía D. Ignacio su sobrino, aseguró que su Ilma. se habia mantenido con el vestuario que llevó de México, mandándolo remendar, sin mandar hacer otro nuevo. Por lo que mira á su familia, fué muy corta: el dicho D. Ignacio testificó, que en todo el referido tiempo que le asistió, no acomodó en ella á ninguno, porque contento con la in-

dispensable se abstuvo de lo que pudiera servir solo á la ostentacion. Tuvo gran cuidado en que no se hiciese el menor gasto superfluo: así lo exhortaba continuamente á sus familiares ya en su palacio, ya saliendo á las visitas, no consintiendo que el exceso de los gastos fuese con detrimento de los pobres, para con quienes estendia liberalmente la mano, retirándola siempre de sus deudos, no queriendo defraudar en nada á los pobres por atender á sus parientes. El citado sobrino, depuso que no solo no habia tenido pero ni esperado algun socorro especial de mano de su Ilma. por lo cual se volvió á México.

Hallábase en la ciudad de Oajaca el padre de este, hermano del Sr. Obispo llamado D. Benito Angel, casado con D.<sup>a</sup> María Millan de Figueroa, y con cinco hijos con que Dios habia bendecido su matrimonio, circunstancias dignas de considerarse para ponderar que habiendo Dios querido probar la paciencia de D. Benito, como la de Tobias, dispuso su providencia privarle totalmente de la vista, trabajo sobradamente crecido para un hombre honrado, asistido de tantas obligaciones y con pocas conveniencias para cumplirlas é inhábil en gran parte ya conservar aun esas pocas. Cuando pudiera proa

meterse en su hermano y aun asegurarse alivio, lo que oyó de sus labios fué, que solamente podia darle lo que un pobre decente permitia; pero no lo que necesitaba el hermano de un Obispo, residiendo donde él. Por tanto, tuvo que trasladarse á México con su familia, permitiéndoselo así este discretísimo prelado fiel, ecónomo de los bienes de su iglesia, antes que defraudarla en parte, por atender á su sangre.

Enseñó no solamente á su grey lo que tenia entendido de las divinas escrituras mediante la predicacion que continuamente practicaba, sino resplandecia en su ejercicio, la copia de luces que bebia de tan purísima fuente, y aunque puede advertirse por lo que sobre este particular queda dicho, pero para que mejor se advierta, diré la grande facilidad con que encomendaba sus sermones del entendimiento al papel y de este á la memoria. A uno de dos amanuenses que tenia, se los dictaba tan corrientemente que no consumia en ello más tiempo que el preciso para escribirlos: la víspera de predicarlos hacia se los leyesen por primera y segunda vez, y no más, bastando esta diligencia para subir al púlpito y los referia sin desmentir en una voz de lo

escrito: cosa que justamente se admiraba como argumento de una memoria singularísima.

No lo es menor del extremo cultivo de su ingenio con el estudio de las sagradas letras. Le aconteció una vez en la iglesia de Nuestra Señora de la Soledad, en Oajaca, asistir su Ilma. á una fiesta, en que obligando su presencia á que comenzase la misa sin haber aún llegado el predicador, á quien se habia encomendado el sermon, se cantó el evangelio, y llegó á los oídos de su Ilma la noticia de que faltaba el orador. *No les dé cuidado, dijo, no faltará el sermon* y así fué, porque dejando su asiento subió al púlpito é introduciéndose con una autoridad de San Agustin, en que el santo doctor dice, debe predicar el Obispo cuando el predicador falta, arreglado á este dictámen y á los de la más florida cuanto cristiana elocuencia, de que siempre abundaba su entendimiento, predicó con tanta energía como si se hubiese preparado mucho antes, dejando á sus oyentes llenos, no solo de admiracion sino de regocijo, habiendo logrado oir predicar de repente á su prelado; si es que le asaltó repentinamente el empeño á quien la aplicacion continúa lo hacia hallarse siempre prevenido. El estudio de las sagradas letras era continuo apenas faltaban de sus manos y nunca de su cora:

zon, por el estremado afecto y veneracion con que siempre las atendió. Muchas veces se le oyó decir, que no habia reliquia como la Sagrada Biblia y que habia de morir abrazado con ella, no privándolo Dios de habla ántes de morir. Concedióselo el Señor, como despues diré, en premio de su grande afecto.

Revolvía, fuera de las sagradas paginas, las de sus mejores expositores, que eran los Santos Padres, entre quienes fué á San Agustin, á quien consultaba más frecuentemente: era de admirar las muchas luces que en su entendimiento brillaban; pues acontecia mucha veces, que habiendo dado despacho á sus negocios con la resolucion de varios casos, en que le empeñaba su pastoral obligacion, decia despues á sus familiares, buscasen en las obras del Santo, si se hallaba en su doctrina, lo que él habia respondido ó practicado: y siempre se halló expreso, ó conforme á lo que el Santo Doctor enseñaba. Por lo dicho sobre su copiosa erudicion, y literatura no hay para que ponderarla nuevamente, cuando debe suponerse su aumento, no habiendose olvidado de los libros: cuantas personas doctas le trataban salian admiradas de su conversacion, reconociendo en su clarísimo entendimiento un archivo de noticias tan fecundo, que en cualquiera materia lo

juzgaban consumado, hallándose en todas ciencias instruccion y enseñanza sus mismos profesores. En punto de ritos y ceremonias lo fué tanto, como el mejor maestro de ellas. En los negocios graves no obstante, que pendia la decision de lo que tiene asentado el derecho, consultaba su prudente humildad á sujetos sabios en él á su satisfaccion y confianza, con que se dice cuan letrados eran: y siendo tales, serviales de grande pena tener que expresar sus pareceres á su Ilma. Tanto así era el aprecio que se habia conciliado para con todos!

Tuvo este prelado continua vigilancia en apartar á su familia de toda codicia é interes temporal. Teníala en todo tan regulada, que parecia su palacio una casa de recoleccion en la observancia de las prudentes y piadosas distribuciones á que la tenia ceñida: comian y cenaban juntos con su Ilma. como en un refectorio, dando alimento al cuerpo y al alma con la lectura de algun libro espiritual y devoto: tenía-les asignadas sus horas para asistir á la Misa; para la oracion así mental como vocal, en que entraba la devocion á la Purísima Reina de los Angeles en la recitacion de su rosario; para dedicarse al estudio de las letras, velando cuidadoso para que en virtud y letras saliesen to-

dos aprovechados: queria tenerlos siempre consigo de puertas adentro de su palacio, no saliendo de él sin justo motivo, y asi se veian en las calles pocas veces.

Atendiendo el Sr. Sariñana á quanto he mencionado, atendia juntamente á sí, solicitando con la salud de las otras la de su alma, temiendo con el Apóstol no fuese reprobado cuando exhortaba y predicaba á los demás. Por tanto procuro tenerla adornada con el rico y precioso ornamento de las virtudes. Dieron testimonio de su viva fé aquel amor que siempre conservó en su pecho á las divinas Escrituras, como he dicho, deseando morir abrazado con ellas, como quien queria mantener hasta el último aliento de su vida la firmísima adhesion á sus divinas verdades: aquel anhelo por extirpar del todo la idolatria entre los indios, con los demás que la acompañaban de supersticiosos abusos en los indebidos cultos á Dios, y en los no debidos al demonio, que sabia se tributaban, no sin grave sentimiento de su corazon: aquella solicitud por la promocion en todo del culto divino, para que fuese adorada y reverenciada la soberana Magestad de Nuestro Dios y Señor y fué tambien no pequeño argumento de su fé y católica religion, el que se percibe por el siguiente suceso.

En cierto lugar de su Diócesis descubrió que unos hereges, hicieron tales ultrajes á una imagen de MARIA Santísima, que no contentos con haber afilado sus lenguas para hierirla con sus blasfemias y oprobios; la hirieron en diversas partes con un cuchillo: más el que atravesó el corazon de este santo prelado cuando lo supo, no sabré mejor explicarlo, sino con la expresion de sus católicas y piadosas demostraciones. Mandó le trajesen la imagen ultrajada de la Señora, cuya advocacion ignoro, aunque podemos nombrarla con el título de los Dolores, no por los que padeció esta Purísima Reina en la pasion de su Hijo, sino por los ultrajes é injurias de los hombres, que ni en su Pasion quiso su Hijo Santísimo que sintiese. Despues de haber hecho su Ilustrísima que un pintor rezanase aquellas heridas ó cuchilladas, la colocó en su iglesia Catedral por nueve dias, en desagravio de los que ahora ejecutaron en su sagrada efigie, en ellas se celebraron á la Señora misas solemnemente cantadas, dando principio su Venerable Cabildo, y sucediéndose por su orden las religiones sagradas acompañándola á sentir los agravios, que por los enemigos de la fé habia sufrido la Maestra Soberana de ella: habiéndose concluido el novenario, dejó colocada

la efigie en una de las iglesias de Oajaca, en donde no le faltase decente culto y veneracion.

No se le notó accion alguna que pudiese deducir su firme Esperanza, aunque procuró acompañarla de un santo temor, por el conocimiento que tenia de su propia miseria y poca satisfaccion en lo que obraba, conociéndose digno más bien de castigo que de premio, y para que en el purgatorio no se le retardase la posesion del último fin de su esperanza, habia convenido con los Ilmos. Sres. Arzobispo de México, y Obispos de Puebla y de Guadalajara, en ayudarse recíprocamente á salir santamente de esta vida con cierto número de misas, que unos por otros celebraban ó mandaban celebrar todos los meses del año: y otras mil (fuera de estas) que por el difunto habian de aplicar los que en esta vida quedasen, para aliviarle de las penas que padeciese, ayudándole á tomar breve la posesion de la vida eterna. Estos cuatro prelados atentos al cumplimiento de sus obligaciones, se visitaban frecuentemente por cartas, consolándose con ellas, y consultándose en sus dudas, para el mejor acierto en su gobierno.

La delicadeza de su conciencia y los temores con que siempre vivió este prelado vigilantísimo:

temiendo muchas veces en donde no habia que temer, declaran el amor que tuvo á Dios, á quien no queria desagradar en cosa alguna: en los últimos años de su vida, vióse más atormentado y con mayores escrúpulos que nunca, estimulándole á repetir con más viveza las diligencias para mejor asegurarse en su conciencia. Era grande el cuidado, y esmero que ponía en la pureza de su alma: retirábase muchas veces al convento de los franciscanos, en donde por algunos dias, trataba con Dios de los negocios de su alma, procurando renovarse en el espíritu, empleándose en ejercicios santos de oracion, leccion espiritual, exámen, disciplina y semejantes, para salir con nuevo aliento y fervor en el servicio de Dios y ministerios de su oficio pastoral.

Habiendo dicho como procuró apartar á sus ovejas de los pastos nocivos y apacentarlas con los saludables, procurando la extirpacion de los vicios, la promocion de la virtud, que reinase en todos la paz, como reinaba en su corazon para con todos, se conoce claramente cuanto fué el amor y caridad para con sus prójimos. Amábalos como padre y con entrañas de verdadera piedad, no corregia los excesos movido alguna vez de ira ó pasion contra el culpado, sino del deseo de su enmienda y de que todos aborreciesen la

maldad y tuviesen amor á la virtud, en cuyo camino deseaba verlos á todos generalmente sin excepcion de personas.

La humildad especialmente resplandecia en toda su vida: jamás lo engrió su literatura, aunque era sublime, en esto dió á conocer que era grande, por no haberse engruido en ella: ménos le ensoberbecieron las estimaciones con que universalmente le atendieron todos, la elevacion en que le colocaron sus méritos, ántes miéntas más exaltado se vió fué más humilde, juzgándolos á todos por mejores, aun á los que por razon de su oficio corregia por culpables; por eso jamás se le notó accion ó palabra en que se le trasluciese alguna ostentacion ó soberanía, ó que diese á mostrar algun imperio, como se puede ver aun en los siguientes sucesos. Se colocó una pila bautismal muy hermosa á tiempo que podia estrenarla confiriendo, como estaba dispuesto, el bautismo á un hijo de su sobrina D.<sup>a</sup> María; la mañana del dia en que habia de bautizarlo su Ilma. se ofreció que otro sacerdote hubiese de echar el agua á un negrito; pero queríase diferir para otro dia, para que su Ilma. hiciese el estreno de la pila, no lo consintió su humildad, mandando se bautizase por la mañana al negrito, y despues por la tarde, hizo el bautismo el Sr. Obispo, ege-

no de toda ostentacion, vanidad y grandeza; llamóse Manuel este niño, y murió de unos treinta años de edad, sacerdote ya y de la Compañía de Jesus.

En la iglesia de la misma Compañía de Oajaca asistió el Sr. Obispo á una fiesta, y ofreciéndose otra á poco tiempo en la de otra religion, fué convidado para que la autorizase tambien con su asistencia; pero hallándose entonces enfermo, con esto se escusó cortesmente; más atribuyéndolo acaso al mayor afecto que juzgaban tenia el prelado á la Compañía, el rector de la iglesia manifestó su sentimiento así: *Para asistir á la fiesta de la Compañía no está el Sr. Obispo enfermo. En lo de adelante no le convidaré para fiesta alguna de mi religion.* Llegó á oidos de su Ilma. y estuvo tan ageno de sentimiento, que ofreciéndose ocasion de volver á concurrir con el dicho rector le dijo con afabilidad: *Aunque V. P. no me convide, yo enviare el sitial y asistiré á la fiesta.* Argumento verdaderamente de una grande humildad y no menor mortificacion, acompañada de una admirable prudencia, que no pudo ésta dejar de serlo, para haberse mantenido como se mantuvo en tanta paz ya con su V. Cabildo, como con todas las religiones y con todos.